

R-12,022

C-64-42

3 - MAR. 1961



Gustavo López y García.

"C'est la guerre."

Guion de película.

C'est la guerre.

Guión de película.

Presentamos al héroe.

El más alto prestigio de Ferogenia es el general Porroupom, autor de un genial libro de seis volúmenes en folio, intitulado "Paralelo entre la eficacia montífera de la clava herculina y el cañón de 87^{mm} 75". Ha discurrido también una trascendental revolución táctica, estableciendo el adelantamiento del pie izquierdo, en lugar del derecho, para romper la marcha, y expuesto las inmensas ventajas de tan genial reforma, en otro libro de ocho volúmenes en folio.

Con arreglo a esta revolución táctica, se adiestra al ejército de Ferogenia, y, como consecuencia, su terrible potencia bélica tiene atemorizadas a todas las naciones.

El general Porroupom es calvo, como César, chico, como Napoleón, y tuerto, como Etanibal después del paso de los Alpes; pero tiene, sobre estos tres genios de la guerra una superioridad que le confiere una más alta categoría: un encantador lunar junto a la comisura izquierda de los labios, provisto de una rizada mata de pelo rubio, que hace olvidar algunos defectos del resto de la marcial figura del héroe, tales como la nariz gorda y amoratada, la pancia semiesférica y las piernas zambas.

Toda Ferogenia arde en ~~amor y~~ admiración entusiasta por su "Generalísimo Máximo", título con que Porroupom ha sido honrado. La Prensa dedica los más hiperbólicos elogios al "héroe nacional" - héroe en potencia, porque aún está pendiente de prueba su heroísmo -; los gobiernos le rinden, y el ejército le adora. Todas las mujeres, desde la tierna púbera a la anciana vieja, sueñan con el coqueilleo del pecho del héroe, y los jóvenes consideran como la más feliz muestra de distinción y elegancia la exhibición, a la izquierda de la boca, de un humar pilífero análogo al del prestigioso general, para cuya perfecta imitación discurren diabluras.

El General Torrompou entra gallardamente en el gabinete del Presidente del Gobierno, despreciando la profunda reverencia del palvocado portero que guarda la puerta, y que no intenta oponerle el menor obstáculo.

El Presidente se levanta rápidamente del cómodo sillón en que está arrellanado, en conversación con otros personajes que ocupan el frontero, y que también se levanta, con respetuosa deferencia, y pone fin a su visita.

El Presidente abraza al General, y, dándole amistosas palmaditas en la espalda, le conduce al sofá cubierto entre los dos sillones, mientras le dice saluando:

—¿A qué debemos el alto honor de vuestra visita, mi General?

—Vengo a manifestar al Gobierno — responde el General, en tono un tanto airado — que el pueblo se impacienta; que el ejército no puede esperar más; que es preciso acabar de una vez las indignas negociaciones diplomáticas con Petroleandia, y someter por la fuerza a ese país de cabritos.

—Pero eso no puede hacerse sin un motivo, que no da Petroleandia, ni será preciso hacerlo, porque las negociaciones van por muy buen camino, y yo espero que, al fin, el Gobierno de ese país acceda a nuestras pretensiones sobre su riquera petrolífera.

—Un arreglo indigno — replica más airado el General — que el pueblo rechaza y el ejército no puede consentir. ¿Para qué, entonces, habremos creado este poderoso ejército que tiene atenuirado al Mundo? El ejército arde en deseos de mostrar su valor y su eficacia; de conquistar glorias y territorios para su Patria, y no puede esperar más.

—Por otra parte — añade el General — mi plan de invasión súbita de Petroleandia, no puede sufrir aplazamientos. Cada hora que para sin ponerle en práctica, permite al enemigo reforzar sus defensas, y dificulta la realización de ese plan genial, que me hará pasar a la historia como estratega superior a Alejandro y a Napoleón.

—No podemos esperar más — termina — y no esperaremos. Si el Gobierno no se pone a tono con los apuros patrióticos del pueblo y del ejército, dentro de veinticuatro

— "tres horas nos apoderásemos del Gobierno e invadirémos Petroleaudia."

— "Bueno: no nos disgustemos, ^{mi} General," — dice en tono conciliador el Presidente — "el Gobierno siente los mismos afanes patrióticos que el pueblo y el ejército; pero, consciente de sus responsabilidades históricas, tiene que buscar una justificación a la guerra, que, hasta ahora, no le ha sido posible conseguir."

— "Pues lo dicho, dicho: parado mañana al amanecer cruzaremos la frontera de Petroleaudia."

Y prometiéndole, con estas terminantes palabras, fin a su misión, el "Generalísimo Máximo" marchase tan gallardamente como vino, nuevamente abrazado por el Presidente del Gobierno, que sigue mostrándole su afecto con cariñosas palmaditas en la espalda, y despediéndolo por el portero con otra gran reverencia, que no desdice de la que le dispensó a su llegada, y que no merece mayor aprecio por parte del personaje.

III

Al salir del palacio del Gobierno el General Porrompou, se encuentra ante una gran multitud que llena la plaza, y lee y comenta con vivo apasionamiento el texto de los periódicos que ostentan en sus millares de manos.

Los más próximos a la puerta del palacio, reconocen al personaje, y prorrumpen en desaforados gritos:

— "¡Viva el Generalísimo Máximo!"

— "¡Viva Porrompou!"

— "¡Viva el Caudillo de Terogenia!"

— "¡Muera Petroleaudia!"

Los más alejados, advertidos por estos gritos de la presencia del "héroe nacional," pretenden acercarse, y se apretujan; gritos análogos brotan de todas partes en la gran plaza; surgen banderas con los siete colores de Terogenia y muchas pintada la hiena con alas de murciélago y cola de berrugo, emblema nacional; se inicia el himno a la Patria, cuyo estribillo, "Guerra, guerra, nuestro honor pide sangre," suena con aire de ferroz rugido, y la multitud, cada vez más enardecida por sus propios gritos y canciones, exprime con furia peñeros amenzadores, periódicos arrollados, sombreros, bastones, y redobla sus gritos con verdaderos truenos.

Los más próximos a Porrompou le suben sobre sus

hombros. El héroe se deja elevar con la complacencia de un "fenómeno" después de una "faena inmenarrable" o de un "guardameta" tras "una parada colora!" y la multitud, a corola momento aumentada por la que afluye de las bucaalles por donde pasa, marcha a llevar en triunfo a su cara al caudillo idolatrado, quien sonríe, mientras procura guardar un equilibrio digno sobre su inextable pedestal.

— "¡Viva Porrosum!" — rugen sin cesar las mil voces de la multitud.

— "¡Guerra Petroleandia!"

— "¡Guerra, guerra, nuestro honor pide sangre!" — sigue, entre salvaje gritería, el "inspirado" estruendo del himno nacional.

Y un viejecito encorvado bajo el peso de los años, se cubre en el hueco de una puerta, para no ser atropellado, y murmura con amarga tristeza:

— "¡Locos... fanáticos... estúpidos!... ¡guerra, guerra!... ¡¡Chalolita guerra!!"

IV

En la tarde del mismo día, el Embajador de Petroleandia entra en el despacho del Ministro de Negocios Exteriores de Ferogenia.

Saluda reverente, y pregunta:

— "¿Para qué tengo el alto honor de ser llamado por V.E. con tal urgencia?"

— "Para notificarnos que urge la contestación de nuestro Gobierno a nuestra última nota sobre la demanda del territorio en que surgen los pozos de petróleo, propiedad indisputable de Ferogenia, puesto que el líquido fluye, según el luminoso dictamen de nuestros geólogos, de los terrenos situados verticalmente bajo territorio ferogenio."

— "El pueblo nos apremia para la solución del asunto, y la dignidad de nuestra nación no permite mayor demora."

— "Tenemos el mejor deseo de arreglar el asunto amistosamente, porque nuestro amor a la paz, y la antigua y sincera amistad que une a nuestros dos países, su unión racial, su cultura común, etc. etc., nos fuerzan a extrañar nuestra transigencia; pero no podemos exponernos, ex-

temiéndola tanto, a ser acusados de traicionar los sagrados intereses que nuestra Patria nos ha confiado. — "Por otra parte," terzina el Ministro — "tenemos noticias fidedignas de que Petroleandia, traicionando la lealtad que nos debe, está reforzando sus defensas fronterizas, y acumulando tropas en la proximidad de nuestra frontera. Y cuando nosotros, fiados cándidamente en sus promesas, estamos completamente desarmados, tal conducta es poco correcta."

— "Debo, en primer término, Señor Ministro" — respondió el Embajador — "protestar contra ese supuesto infamante de los preparativos bélicos de mi país. Petroleandia fue siempre esclava de su palabra, y es capaz de presentarse desnuda e inerme ante una invasión del ejército ferrogénico, antes que incumplir sus compromisos con Ferogenia, o mostrar la más leve duda en la palabra y en la lealtad del país hermano."

— "También a mi Gobierno han llegado noticias fidedignas y positivas — "de preparativos bélicos de Ferogenia. Se nos ha informado de cierto plan de invasión de Petroleandia, debido a la alta capacidad estratégica del eminente Porroumpom, y de meriones del ejército ferrogénico al Gobierno que V. E. representa. Y esta misma mañana hemos visto todos una numerosa manifestación que aclamaba al "Generalísimo" entre vívas a Ferogenia y vívas a Petroleandia. Sin embargo de esto, mi Gobierno, y yo que tengo el honor de representarle, tenemos inquebrantable fe en las promesas del de Ferogenia, y dormimos tranquilos."

— "En cuanto al pleito existente entre nuestros dos países" — añadió — "mi Gobierno, desearía de resolverle en paz y buena amistad, a pesar del dictamen de nuestros geólogos que afirma terminantemente el grave error científico de los ferogénicos y prueba que los petróleos dimana de terrenos situados verticalmente bajo territorio petroleandés, está dispuesto a transigir, entregando a Ferogenia el noventa por ciento de su producción petrolífera, y no toda, porque necesita el diez por ciento restante para los encendidos del soberano y de sus cortesanos."

— "Creo que este ofrecimiento es buena prueba del sacrificio que estamos dispuestos a hacer por la paz."

— "En efecto," contesta el Ministro feraguenio — "así lo exige el Gobierno de que forma parte. Hará no nuevos esfuerzos para llegar a ~~un~~ completo acuerdo que la proposición de V.E. promueve."

— "Y, entretanto, ratifico a la nación hermanada, por mediación de V.E., su dignísimo representante, la seguridad de nuestra buena amistad, y la de que ningún acto de hostilidad se producirá por parte nuestra. El Gobierno es dueño de la situación; el ejército feraguenio, con su ilustre "Generalísimo Máximo" a la cabeza, es modelo de patriotismo y disciplina, y acata sumiso las órdenes de su Gobierno, y el pueblo, que tiene completa confianza en este, usará en sus algarradas, que, en último caso, serán enérgicamente reprimidas."

"Muy complacido de tan excelentes disposiciones, señor Ministro," termina el Embajador.

"No menos complacido de las expuestas por V.E., señor Embajador," termina, a su vez, el Ministro.

Una elegante reverencia de este, correspondiéndole dignamente por aquel, pone fin a la entrevista, y el Embajador sale, repitiendo la reverencia en la puerta.

El Ministro toma el teléfono y llama:

— "El Presidente del Consejo?"

"— "Sí, debo de celebrar la entrevista convenida. Algo sospechan, y no hay tiempo que perder."

A su vez, el Presidente del Consejo toma el teléfono y llama:

— "El General Torrompón?"

"— "Máximo, al amanecer del día, las tropas feraguenias deberán invadir Petroleandia. Pretexto, no faltará."

V
En la serena noche veraniega tocan los grillos sus violines monacales, y los ruiseñores lanzan al viento los chorros melódicos de sus inimitables trinos, espasmos cuando nubes y otros sus afanes amorosos, inicios que les distraen, finto con la búsqueda de la tierna hierbecilla o del gusanillo roñero, de su plena entrega a la que de vivir en el seno de la pródiga y bella Naturaleza.

A doscientos metros de la línea fronteriza con Pe-

troleaudia, el ejército feragenio espera, impaciente pero silencioso, la orden de invadir el territorio codiciado. Cientos de formidables carros de combate se alinean en la vanguardia; siguen, después, incontables filas de infantes y de quinetes; más atrás, cientos de cañones dirigen sus bocas amenazadoras hacia el territorio enemigo, y, en los aeródromos, cientos de aviones tiemblan, sacudidos por la trepidación de sus motores, dispuestos a levantar el vuelo.

En el territorio amenazado, a otros doscientos metros de la frontera, una línea de formidables cúpulas apenas destacadas del terreno, y diseminadas entre matorrales, marcan la dirección de las defensas subterráneas del ejército de troleaudia, no menos dispuesto a la defensa que el de feragenia al ataque. Tras las cúpulas y en las trincheras que las unen, miles y miles de soldados, arma al brazo, se aburren silenciosos en la forzada espera. Tras la primera línea de defensa, cientos de carros de combate, cientos de filas de infantes y de quinetes, cientos de cañones y cientos de aviones, forman digno "pendant" a los de feragenia.

Un genio que viaja del sistema de Sirio al de Aldebarán, al cruzar la atmósfera terrestre, detiénese asombrado ante la brillante manifestación del esfuerzo humano que presenciar:

"¿Qué magnífica y benéfica empresa se dispone a domar la humanidad terrestre?" - se pregunta.

"Porque sólo para una empresa benéfica y magnífica ha podido reunirse tal multitud de hombres, con tan absoluta unanimidad de acción; sólo a una empresa benéfica y magnífica ha podido dedicarse la inmensa riqueza que esto significa, y sólo para una empresa benéfica y magnífica ha podido acumularse la enorme suma de esfuerzos que ha necesitado la construcción de tantas y tan ingeniosas y complicadas máquinas: los esfuerzos de muchos sabios ingenieros para diseñarlas; los esfuerzos de millones de obreros para extraer los metales de las minas, para fundirlos, para dar forma a las numerosas y delicadas piezas de tantas máquinas, y para ajustarlas con precisión maravillosa."

— "Seguramente esta benéfica y magnífica empresa va a marcar un pujante avance en el progreso de la humanidad terrestre. ¡Indaguenos!"

Y el Genio se asoma al cerebro de un pobre soldado penaguenio que medita, cabizbajo, y le pregunta:

— "¿Qué vais a hacer?"

— "La guerra" — contesta escuetamente el soldado.

— "¿Pero, ¿qué es?" — pregunta el Genio.

— "Pues matar a todos los petroleandeses que podamos, apropiándonos a que ellos también nos maten."

— "¿Matar? ¿y para qué?"

— "Yo no sé. Lo mandan los mayores, para servir a la patria."

— "¿Y qué es esa patria, a la que se sirve de tan bárbara manera?"

— "Pues la patria.... la patria.... yo no sé; pero hay que servirla, abandonando uno su pueblo, el campo de trabajo y con cuyo producto vive la familia, la madre, la novia.... para pasar dos o tres años en el cuartel, sometido a una disciplina rigurosísima, bajo la que se paga la más leve falta con una bofetada y la menos leve con la vida; realizando con estúpida uniformidad una serie de ejercicios ridículos, y ocupando los ocios en deambular como un tanto por la ciudad, en reguebrar a las criadas y en adquirir vicios con los que poder echárselas al pellejo cuando se vuelva al pueblo."

— "Además, hay que servirla cuando lo mandan los mayores, como ahora, matando petroleandeses y dejándose matar por ellos, antes que ceder el puesto que le han mandado a uno defender."

— "Todo el mundo dice que la patria es una cosa muy grande, por lo que hay que dar la vida, y así lo relatan muchos versos y lo cuentan muchas canciones."

El Genio piensa: "este pobre muchacho es un simple o está loco. Veamos si en otra parte puedo averiguar algo razonable." Y se dirige al cerebro de un oficial, que distrae su impaciencia golpeando acompasadamente con un finiquillo el cuero de sus altas botas.

— "¿Qué gran empresa vais a acometer?" — le pregunta.

— "La conquista de los pozos de petróleo de Petroleandia" — contesta el oficial.

— "¿Qué beneficio reportará a los hombres esa conquista?"
 — "A los demás, no sé. A mí seguramente una estrella más en la botaniquera, y veinte duros más de sueldo al mes, si una bala enemiga no me quita di en medio."

— "¿Y no te parece excesivo precio para tan mezquino beneficio la vida de los petroleanderos que la pierden por tu acción, y el inminente riesgo a que sometes la tuya?"

— "La obediencia ciega que debo a mis superiores no me permite discurrir sobre este punto. Me ordenan que mate, y mato. Esas la honrosa profesión de la milicia, en la que esta obediencia es el primordial deber, y mato a los enemigos de mi patria, porque a ello estoy consagrado."

— "¿Estimas digna y honrosa conducta de un hombre la obediencia ciega a órdenes que pueden ser disparatadas, y profesión digna y honrosa la de matar a sus semejantes?"

— "La Patria es antes que todo, y esto sobre todo."

— "Vuelta con la patria" — piensa desalentado el Genio: — "me iré a la cabeza, a ver si saco algo en limpio."

Y se dirige al cerebro del generalísimo Torrompón.

— "¿A qué magnífica y benéfica empresa os disponéis?"

— "A demostrar a ese imbécil de Tamparrampam, generalísimo del ejército de Petroleandia, que mi táctica es superior a la suya, y el ejército que con ella he organizado cien veces superior al organizado por él."

— "Pues este está más loco que los otros," piensa el Genio. — "Veamos si entre la gente de la ciudad encuentro algún cuerdo que me informe razonablemente."

Y se dirige a la ciudad. Y, viendo el torrente de luz que mana de una ventana abierta, hacia ella se dirige, y por ella penetra en un santuario despacho.

Tras la mesa de escritorio, un viejo rechoncho y afitado, habla con un joven sentado frente a él.

— "Pues sí," le dice —; en la madrugada que voy a empezar, las tropas ferogenias pasarán la frontera de Petroleandia, y en una forzada, que seguramente será triunfal, se apoderarán de toda la zona petrolífera. Esta será anexiónada al territorio de Ferogenia, y quedará, ipso facto, comprendida en nuestro contrato de explotación de los petróleos."

— "Como consecuencia, las acciones de nuestra Sociedad duplicarán o triplicarán el valor de su cotización."

actual; quedaremos sobradamente indemnizados de los grandes gastos hechos para la propaganda de prensa, sostenimiento de los "animadores de multitudes" que han levantado el espíritu público, etc, etc, y emitiremos diez mil acciones liberadas con que petici-
onar las farmacias a nuestros grandes accionistas, regalán-
doles una por cada diez que posean, y obsequiar con
medio millar a cada uno, al simpático Ferraluppon y
al jefe del Gobierno, como merecida recompensa a su
desinteresada y patriótica colaboración."

— "Esta guerra, además, resolverá otros importantes pro-
blemas, de los que no hablo a Vol., porque, para nosotros,
el único interesante es la conquista de la Zona petrolífera."

— "Es Vol. un financiero genial" — comenta con entusiasmo
el agente, secretario particular del "genial financiero",
que acaba de exponer su magnífico plan, y que es nada
menos que el Presidente del Consejo de Administración
de la poderosa "SERAPIA" (Sociedad de Explotación, Re-
finación y Aplicación de los Petróleos, Industriales y
Minerales.)

El Genio viajero no quiere ver más, y, con la veloci-
dad, superior a la de la luz, que atribuye a estos genios
el sabio Flammarion, continúa su viaje hacia El
debarco, meditando sobre la uterina locura que ha
nervado a la humanidad terrestre, y asombrado de
la variedad de finalidades que atribuyen a la guerra
que van a emprender, los hombres por el preguntado,
y más admirado aún de que, con tal diversidad de
finalidades, se haya conseguido la absoluta unani-
midad para la acción que pudo apreciar en ellos.

VI

En cuanto comienzan a encenderse en el Oriente las ro-
sadas luces de la aurora, el ejército ferrogénico rompe la
marcha hacia la frontera. Al llegar a la línea fron-
teriza, el centinela petroleandés que la guarda, dispara
su fusil y echa a correr.

El general que manda la vanguardia ferrogénica, te-
legrafía inmediatamente al "Generalísimo": "nuestra
vanguardia ha sido atacada y responde al ataque."

Se escuchan estridentes taques de clarines y cornetas, con
acompañamiento de redobles de tambores, y los cientos
de carros de asalto emprenden su marcha, vacitando

balas y metralla por sus bocas de fuego, y aplastando, indiferentes, cuerpos muertos y moribundos y miembros destruidos, y los petroleanderos iniciaban su abandono de la primera línea, sin dejar de vomitar también balas y metralla no menos mortíferas que las de sus enemigos.

A los carros feragenios que avanzaban, siguen la caballería, la infantería, la artillería de campaña y, por último, las ambulancias, recogiendo y curando heridos, quedando tras ellos el campo devastado, y en él, como en la ruina bequeriana, "sólos los muertos." Y luego, por la carretera, una fila de hijos automóviles, escoltando al del "Generalísimo Máximo". En esto, amellado cómodamente, sonríe Porropon a su triunfo, pensando que, como resultado de la gloriosa jornada, ha quedado resuelto su transcendental problema, que no sabemos si figuraba entre los callados por el genial Presidente de la "SERAPIA": la superioridad de su táctica genial.

A paso del automóvil, sus ruedas machacan las piernas de un cuerpo abandonado como cadáver, que, reaccionando ante el nuevo dolor, se incorpora trabajosamente sobre su brazo izquierdo, y, albrando el derecho, en una crispación epiléptica, con ademán imprecatorio, exhala airadamente su último aliento en un grito de suprema ferocidad:
- "¡Malolita guerra!"

VII

En un risueño valle del interior de Petroleandia, el tío Juan contempla, desde la puerta de su granja, la tostada superficie de su campo de trigo, ya en sazón de siega, y, más lejos, viñas y olivares, alamedas y huertas salpicadas de casitas blancas con los tejados rojos, como las de los cuentos infantiles.

El tío Juan piensa en el difícil problema que le plantea la súbita marcha de sus dos hijos varones, llamados a defender la patria invadida por el ejército feragenio. ¿Quién separa su trigo? Su hija, que entra y sale en la casita, bañada en menudas faenas domésticas, y en las "técnicas" de dar el pienso a las gallinas y al cerdo, ordeñar la vaca, etc., tiene bastante que hacer con estas para ocuparse en otras, y es incapaz, además, de

practicar las rudas de la siega. El, por su parte, apenas puede tenerse en pie con ayuda de dos cayadas, doblado su cuerpo como un cuatno mal hecho, por cincuenta años de rudas faenas agrícolas, complicadas con el régimen.

Marcha encorvado y vacilante para ver la espera que percute la sarta del trigo, y desahoga su contrariedad murmurando entre dientes: "Maldita guerra!" A la mitad de su camino, un potente ruido de motores en marcha le hace levantar los ojos al cielo, por el que así cruzar dos docenas de aviones.

— "Serão inimigos?" — de pergunta temerosa.

La respuesta es la da una primera bomba que cae so-
bre su campo de trigo, y que explota con horribles es-
truenos que lo aturde y ensordece. Cuando se despabila,
ve que de su trigal se levantan audaces llamas coro-
nadas de nubes de humo, que avanzan en todas direc-
ciones, ampliando rápidamente el círculo de su devastación.
En un momento, la totalidad superficial del trigal se ha
convertido en un rastrojo humeante y negro, y el devasta-
dor incendiario continúa devorando viñas y olivares, ala-
medas y huertas.

El problema de la siega del trigo del tío Juan ha que-
dado sencillamente resuelto por la misma guerra que le
preparó. Y además otro problema más; porque, cuando
^{estas nuevas explosiones} el pobre viejo vuelve la vista a su carita, la encuentra
convertida en informe montón de escombros, entre los
que habrán quedado enterrados su vaca, sus gallinas,
su cerdo, y quierais su hijo. ¿Figurarían estos proble-
mas entre los que calló, por no importar a su interés, el
genial financiero Presidente de la SERAPIA?

Pero la solución no ha sido del gusto del tío Jesús, quien siente fluir de sus ojos dos lágrimas ardientes, y alzando al cielo los sacramentales brazos, en ademán de orar da un megavatio, pregunta al Dios en quien cree:

— "Señor, Señor: ¿cómo conscientes esto?"

— "Quão, com sombra de desesperação:

— "Chaldita guerrail."

VIII

La aviación petroleroandesa quiere mostrar también su gran potencia destructora, y vuela en copiosa bandada hacia la capital de Ferrogénia.

Vence y ahuyenta a los cañones que le valen al paso; atraviesa sin grandes pérdidas las cortinas de fuego de las severas defensas antiaéreas, y llega, bien provista, de potentes bombas, sobre la ciudad enemiga.

Señalan téticos los berriños de las sirenas avisando el peligro; las fábricas, los talleres y las oficinas suspenden sus trabajos; los habitantes buscan refugio en los subterráneos a tal fin preparados, y queda la ciudad silenciosa y sus calles desiertas.

Poco antes, en un barrio de los suburbios, una pobre mujer trata de consolar a tres hijitos suyos que berrean pidiendo pan.

— "Callad, hijitos, que pronto vendrá la chacha y traerá la zaiwa de hoy."

— "Si" protesta el mayorcito — "como ayer que no la dieron."

La llegada de una niña un poco mayor que los pequeños hambrientos, desmiente el pesimista augurio. Trae dos paucillos renegridos, que la madre se apresura a repartir entre sus cuatro hijos.

Apenas repartida la ración pitavira entre los hambrientos niños, un soldado se acerca a la puerta entreabierta, con una carta en la mano, y pregunta:

— "¿La señora viuda de Juan Pérez?"

La pobre mujer da un grito de dolor, y se deja caer en la silla más próxima. Juan Pérez es — es decir, era — su marido, y la calidada de viuda que el soldado con tanto fa atribuye, la revela su gran desgracia.

Se apodera con nerviosos afán de la carta, rompe, temblorosa, el sobre y lee:

En efecto, en un atento oficio, la oficina correspondiente la notifica la muerte de su marido, en la primera batalla, y pretende consolarla añadiendo que "ha muerto gloriosamente cumpliendo su deber."

— "¡Con su deber!" — dice, apretando los dientes con coraje, la infeliz viuda — "Su deber estaba aquí!"

Se entrega a las naturales manifestaciones de su dolor, entre las cuales formula una pregunta que no tarda en tener cumplida contestación:

— "¿Quién velará ahora por estas criaturitas sin padre? ¿Quién pensará para ellas un pedazo de pan?"

La aviación petroleandesa ha comenzado a descar-

gar sus terribles bombas sobre la ciudad. El estruendo de las explosiones no se interrumpe un segundo, y se combina, en terrible disonancia, con los colapsos que se derreumban; con los cañonazos de las defensas antiaéreas; con los gritos de terror de los heridos y de los fugitivos; con los berridos de las vírenas,.... El fin del Mundo no pudo ser soñado por la más exaltada fantasía, con tan bárbaro estruendo.

Una de las últimas bombas cae sobre la humilde casa de los suburbios, donde una reciente viuda llora su desgracia y se desespera ante el pavoroso problema de la futura alimentación de sus hijos sin padre, como si, piadosa, quisiera enterrar tan cruel dolor. Y, en efecto, queda este enterrado bajo las polvorrientas ruinas de la casa, junto con la viuda doliente y sus hijitos.

Así la guerra resolvió otro problema más, no sabemos si de los que el financiero de la SERAPIA fiaba a su resolución.

Entre los escombros de la casa derreumbada ~~aroma~~ ^{aparece} un ~~pequeño~~ ^{pequeño} y rollizo frascito, con el puño cerrado elevado al cielo, en ademán imprecatorio que dice:

— "¡¡Malolita guerra!!"

IX

El ejército serapense avanza victorioso en el territorio petroleaundes. Tres terribles batallas le han permitido romper y destruir tres de las cuatro líneas de defensa que protegen la zona petrolífera, herida y muerta defendidas por los soldados petroleaundes, que han tenido que ceder, sin embargo, ante la estrategia de Borrompou y ante la legendaria ferocidad de sus soldados, avivada por el fanatismo.

El ejército invasor se aproxima a la cuarta línea de defensa, salvada la cual, una llanura sin acantilados que puedan servir de base a la resistencia, le permitirá el rápido apoderamiento de los coliciados pozos de petróleo.

Cientos de aviones vuelan sobre esa última línea de defensa, y llueven sobre ella millares de destruc-

toras bombas, y cientos de cañones de todos los calibres envían lluvias de todos los tamaños.

Dos horas de esta implacable acción pulverizan y esparcen por el aire, como montón de pavesas, los resistentes fuertes, la tierra en que se asientan y los muros de los destruidos de sus defensas. De estos, los que quedaban vivos, abandonan sus destruidos refugios y se retiran, dejando el campo, pulverizado y sembrado de restos humanos, a su feroz enemigo.

Nada puede ya detener la caída de los pozos de petróleo en poder del ejército ferrogénico. Pero el "patriotismo" de los petroleanderos no puede consentir que tan preciosa riqueza caiga en poder de los invasores. El estado mayor de su ejército tiene hace tiempo previsto el caso, y decidida la destrucción de la explotación, que, en cincuenta años de perfeccionamientos sucesivos, ha llegado a ser una maravilla de la ingeniería.

Y una serie de horribles explosiones destruye hasta los cimientos de los edificios y pulveriza aparatos y máquinas. La llanura queda cubierta por una nube espesa de negro humo, que hace irrespirable el aire, y, entre ~~los~~ girasoles, arde en trazo en trazo incesantes llamas que ascienden serpenteando como si pretendieran incendiar el cielo.

A la luz de las fuliginosas llamas, y por entre las nubes de denso humo, ve se correr enloquecida, hacia la cordillera que cierra el horizonte, ^{una gran muchedumbre} ~~la que~~ van pretendiendo contener y ordenar los soldados fugitivos.

Pero el general Porrompou contempla desde la retaguardia de su ejército, la destrucción de su codiciado presa, cuando ya la veía en sus manos. Y, encendido en ira, ordena que se castigue el atroz delito que nubla el esplendor de su triunfo. Cien aviones por fin caen sus mortíferas bombas sobre la muchedumbre fugitiva. La escena de terror alcanza una intensidad trágica, superior a todas las creaciones de la fantasía: la tierra cubierta de cadáveres destruidos revuelta con la tierra pulverizada, corre aterrorizada la muchedumbre superviviente, y, dominando los tre-

mebundos ruidos, un inmenso coro de miles de voces, con toda la gama de acentos del dolor y de la ira, del terror y de la desesperación, claman incesantemente: — "¡Maldita guerra!" "¡Maldita guerra!"

La solución del problema más interesante, del mismo interesante para el Presidente de la SERAPIA, ha quedado un poco deslucida por el "patriotismo" de los petroleañoles.

X

Vencida Petroleañolia, firma la paz con la victoriosa Serapienia, cediendo a esta todo el territorio que comprende la zona petrolífera, hasta la cordillera que cierra la llanura en que se abren los pozos de petróleo.

El Consejo de Ministros de la nación vencida, reunido en sesión secreta, para liquidar la guerra y preparar la reconstrucción del país, escucha atentamente el programa que desarrolla su Presidente:

— "La paz concertada" — dice este — "no es ni puede ser, por nuestra parte, otra cosa que un armisticio. La dignidad de Petroleañolia no puede avenirse con la vergüenza de la derrota, ni con el despojo de su riqueza más preciada, y ha de prepararse para un próximo desquite."

— "A ello han de consagrarse todas las energías del país: todas sus potencialidades económicas; todas las vidas de sus hijos. Y el Gobierno ha de concenrar hoy mismo la organización de la revancha."

— "Poniendo sobre las armas a todos los hombres desde los 15 a los 60 años, podremos reunir un ejército de tres millones de hombres que, en unos meses de instrucción intensiva, puedan poner en disposición de una ofensiva victoriosa. Nuestro generalísimo Tamparrampam es tan capaz como Torronpam de organizar un ejército para la victoria; más aún, porque sobre él tiene varias superioridades: una sílaba más en su apellido, que le hace más resonante, y dos lunares, en vez de uno: el uno finto a la boca..."

— "¿El otro donde tú sabes?" — interrumpe, con miseria del cuplé, el ministro de Marina.

— "Toda la capacidad industrial del país," — continúa

el Presidente - "desde la fábrica más importante al taller más modesto; desde la fundición de acero a la buñolería, se dedicará a la construcción de material de guerra. todos los productos de la agricultura serán requisados para el ejército; toda la riqueza y todo el crédito nacionales serán gastados en la preparación de la guerra de revanche, que ha de reintegrar a Petroleandia en su plena soberanía y en su plena dignidad."

El ministro de Finanzas apunta tímidamente la sospecha de que el pueblo se resista a entregar toda su riqueza, y el Presidente desvanece sus temores afirmando gallardamente:

- "Por la Patria, y para la Patria, nadie regateará un céntimo."

El tribunicio apóstrofo provoca en los oyentes un entusiasta aplauso.

El ministro de Agricultura, con aulica timidez, pregunta quienes trabajarán las industrias y los campos, si todos los hombres son soldados.

- "Las mujeres, los niños, los viejos" - replica con energía el Presidente - "Por la Patria, las máquinas funcionarán solas, y los animales de labor arrastrarán espontáneamente el arado y el carro."

- "¡Bravo! ¡bravo!" gritan todos los ministros encendidos por la patriotía hipérbola.

El ministro de Abastecimientos, por último, expone la duda de que el pueblo pueda resistir el largo ayuno a que le conducirá la dedicación de todos los contingentes al ejército.

- "El fervor patriótico" - concluye el Presidente - "basta para mantener a los petroleanderos."

Nuevo aplauso, y no hay más observaciones al "patriótico" plan de revanche expuesto por el Presidente.

Así queda iniciada la gestación de la próxima guerra, que se anuncia más terrible que la que acaba de terminar. Así queda iniciada, cuando aún resaca en las dos naciones beligerantes el coro de madres sin hijos, de hijos sin padre y de mujeres sin maridos, atronando el aire con el doloroso clamor: "¡Maldita guerra!"

Terminé de escribir este libro en Lafra (Lopara) el 22 de Febrero de 1944, y la presente copia el 5 de Enero de 1949.



